

Presentación de *Mano abierta* de María Inés Zaldívar. Santiago de Chile: FCE, 2018.

Por Adriana Valdés

I

En primer lugar, celebrar. La presencia de ustedes aquí en esta casa acogedora que es la del FCE, que en su colección Tierra Firme ha reunido antologías y obras de tantos poetas chilenos importantes, incluyendo a Gonzalo Rojas, que da nombre al espacio, a Enrique Lihn, a Manuel Silva Acevedo, a tantos otros, una especie de genealogía de la poesía chilena del siglo XX que se resuelve entre varones, un poco con el modelo más o menos parricida de Harold Bloom.

Y sobre todo la aparición de este libro, en esta colección: me dicen que Mané Zaldívar es la primera mujer chilena que aparece en ella.

II

Primera mujer. Leyendo el libro varias veces, subrayando, anotando en los márgenes, pensando en este momento, me encontré también con un texto que escribí para la presentación, hace diecinueve años casi justos, en abril de 1999, y que a la vez me sirve mucho y me hace sonreír. Presentábamos un libro que venía de su tesis doctoral, que hacía un análisis comparativo de la poesía erótica de la española Ana Rossetti y del chileno Gonzalo Millán: una tesis emprendida antes de los muchos acontecimientos que unirían el nombre de Millán al de Mané Zaldívar. Y allí me volví a encontrar con algo que mi lectura de *Mano abierta* me iba sugiriendo.

Al releer los poemas del primer libro, *Artes y oficios* (1996), pensé, con envidia, que Mané Zaldívar había sido una descarada.

Déjenme leerles un solo poema breve de ese libro:

Schedule (p. 61)

*Desayunarás con Freud
Almorzarás con Marx
El bajativo con Sartre
Luego dormirás la siesta, bastante larga
Divagarás con uno que otro escritorcillo al caer la tarde
Y al final del día, previa autorización de tu Padre
(buena gente el viejo)
Te esperaré a cenar
desnuda
con gotas de perfume en los ojos y flores en el pelo.*

Hay una ninfa de las de Aby Warburg al final de este poema, una ninfa que entra como si fuera de otro poema, de otro chiste, de otra teleserie. De otro mundo. Analiza Warburg una imagen de una ninfa en una pintura de Ghirlandaio, *Nacimiento de Juan Bautista* (1486). Una ninfa gozosa, de ropaje suelto, con una cesta de frutas en la cabeza y un gesto danzante, que irrumpe en una escena muy estructurada, trayendo un aura de otro mundo, la del Renacimiento, a una escena de la imaginaria cristiana, más rígida y reverente.

Déjeme divagar: es ella, la ninfa, la que habla en este poema. Es ella también la de *El arte de los cuerpos* (pp. 64-65), ella también la de *¿Sabías amor que me preparo religiosamente para verte?* (p. 59). Es esta ninfa la que irrumpe por esos años (hace más de veinte) en una escena estructurada, rígida y reverente, en que las ninfas hacen lo que tienen que hacer, pasar y callarse, rodeadas de un aura de otro mundo, mientras los escritores de verdad habitan su mundo de Freud, Marx y Sartre, del Padre con mayúscula, de los permisos, un mundo en que el cuerpo desnudo, el perfume, las flores en el pelo, irrumpen como si estuvieran desubicados. Y Mané Zaldívar, la descarada, la desubicada, hablaba por entonces desde ese cuerpo.

Con lo que, por esos tiempos, era exponerse bastante. A ser recluida en el *ghetto* de la poesía "femenina", esa expresión indignante. Es una descarada. Mérito grande, en poesía. No se deja acoquinar ni relegar ... En la lectura de su libro en 1996 tenía que contar no solo con un encasillamiento inconscientemente machista, sino además con la autocensura de lectoras de poesía como yo. Las mujeres no entraban en el relato generacional de la poesía chilena, sino en un algo paralelo, del que salió la Mistral –si es que salió– gracias al Nobel.

O las mujeres como Stella Díaz y Elvira Hernández.

Mané Zaldívar no deja que la lean solo desde una perspectiva personal, sino que hizo de muchos de estos poemas algo que excede en mucho ese punto de vista, la personal, de las que huimos como de la peste las mujeres. En eso se emparenta con poetas anglosajonas, más con unas que con otras: Denise Levertov, Adrienne Rich, Mary Oliver, Sharon Olds. En ellas no solo lo personal es político, como dice la consigna, sino lo personal es poético, y la diferenciación entre poesía femenina y de la otra pierde todo sentido, pues los sujetos masculinos y los femeninos hablan desde situaciones más semejantes en cuanto a formación, educación y experiencias.

No estaba escrito esto, pero lo recordé al hablar:

*Quería ir a alguna parte
donde el cerebro no llegara todavía
No quería
Quedarme ahí tan sola¹.*

¹ Del poema Carta a una joven poeta, 7, de Adrienne Rich.

Las mujeres, de los años cincuenta en adelante, son social y políticamente otra cosa. Hablar de poesía femenina es entonces un despropósito. Hablar de poesía de mujeres, en cambio, interesa hoy en cuanto descuajeringa, es decir, desconcierta, desarma, la perspectiva de la poesía tal como se la pensaba hasta ahora.

III

Hay una "poesía de la edad madura", que reclamaba T.S. Eliot. Una poesía en que los poetas no son máscaras de jóvenes aquejados de variantes contemporáneas del *spleen* de Baudelaire, sino otra cosa, y las mujeres deben desprenderse del "dulce personaje" de la ninfa ("Trae de la mano tu dulce personaje", pide un poema de César Vallejo).

Vallejo, ese poeta desolado, deja ecos en versos de Mané Zaldívar cuando comienza su poesía de la edad madura. "La cocina a oscuras, la miseria del amor" late en las evocaciones de una infancia muy distinta a la vallejiana, la de una "geografía decadente", en que la abundancia de miriñaques sin sentido deja igual con hambre.

Se sale de ese territorio, de esa "antigua hoja marcada", para llegar a un "blanco silencio" "y recuperar letra a letra / en el espacio vacío que / indefenso / nos mira desde el otro lado (...) esa oscura sorda y retorcida / loca línea curva / de impasibles deseos al acecho"². En esta poesía, la experiencia de la mujer es la de llegar a un espacio sin las líneas caligráficas marcadas, un espacio blanco y silencioso en el que han de escribir unas fuerzas todavía desconocidas, un espacio en que somos camaleones, fantasmas, un anciano dolor todavía ciego, expresiones todas que tomo del mismo libro.

"Sentarse, tomar el lápiz, escribir"³ es explorar ese espacio. De ámbar, de luz, de placer de los sentidos, de los sentimientos y del intelecto, todo lo contrario de la "emoción fragmentada" que son, según Marshall Mc Luhan, tanto el sentimentalismo como la pornografía. Creo que los mejores poemas ("Si pudiera darle nombre de fruta", por ejemplo) de Mané Zaldívar logran eso, que es tan difícil en la poesía como en la realidad. Una poesía del gozo del cuerpo en la naturaleza, de la naturaleza en el cuerpo, del bosque de símbolos de Baudelaire pero a nivel cotidiano y corporal, también con sus oscuridades y sus muchas, muchísimas espinas. Déjenme citar un breve poema alquímico por puro gusto:

Agosto

No,
no era
no era vidrio
no era vidrio molido
eran pétalos

² Del poema "Blancura ciega", en *Ojos que no ven* (2001).

³ Título de un poema de *Naranjas de medianoche* (2006).

*pétalos de flor
de flor de ciruelo
en agosto.*

El recuento se hace ya largo. Me faltarían dos libros por recorrer, en busca de más anotaciones que compartir con ustedes: *Luna en Capricornio* y *Bruma*. No quisiera cansarlos. Son poesía de la edad madura, poesía de la experiencia dura y madura, y poesía de arte y oficio. Aquí estamos para celebrarla.

Adriana Valdés

Santiago, 19 de abril de 2018.